

EDITORIAL

LA HUMANIDAD: NUEVAMENTE AL BANQUILLO DE LOS ACUSADOS

“Nada de lo humano me es ajeno”

Estamos ante un juicio de la humanidad. Tenemos algunas noticias que nos pueden confirmar este hecho. Con este título, ciertamente, no queremos ser, ni por cerca, profetas del pesimismo y de la fatalidad; sin embargo, hay hechos recientes que nos llevan a preguntarnos por la humanidad, por el precio de defender los valores básicos de los que habitamos en este lastimado planeta, o bien, por el fundamento antropológico que deben tener todos los acontecimientos. Dicho de otra manera, nos debemos preguntar qué puesto juegan mujeres y hombres en la sociedad, en el “Nuevo orden mundial” (que es nuevo desde la Guerra del Golfo), en la globalización, en el nuevo siglo o en el nuevo milenio. Si no nos hacemos esta pregunta de cuando en cuando, corremos el riesgo de desnaturalizar todos nuestros procesos sociales y culturales. Son momentos evaluativos para preguntarnos si no estamos con saldo en rojo en materia de humanidad. Los medios de comunicación mundial nos aprisionan con un hecho que, desde el punto de vista humano, es catastrófico: la guerra. Una mala noticia como lo es la guerra nos invita a relacionarla y a confrontarla con la visión de ser humano que tenemos. Una guerra que se autodenomina como “guerra absoluta” y “paz infinita” nos provoca preguntarnos si esta falacia contribuye a una humanidad infinita. Ese es, a nuestro ver, el meollo y el fundamento de nuestra agenda planetaria: la pregunta por el ser humano.

El historiador británico Eric Hobsbawm escribía, en la revista inglesa *London review of Books*, del 21 de febrero de 2001, que la humanidad viene de un siglo guerrero. Las guerras del siglo XX, en su conjunto, han sido las más mortíferas en la historia de la humanidad. Causaron la muerte de aproximadamente 187 millones de personas. Y lo más alarmante, escribe el historiador británico, que la muerte de civiles ha ido en ascenso: en la primera Guerra Mundial hubo un 5% de bajas civiles, éstas se elevaron al 66% en la Segunda Guerra. Hoy se calcula que entre el 80 al 90% de los afectados por ataques bélicos son civiles. Parece ser que no hemos aprendido la lección. Llámese guerra fría o guerra de baja intensidad, en el pasado, o guerra regular o guerra irregular, en el presente, lo cierto es que la guerra nos exige una solución primera y primordial. A todas luces, este argumento de la guerra es suficiente motivo para verificar si la humanidad realmente es humana. Esta guerra -contra Irak- y otras guerras, olvidan el presupuesto antropológico. Sea que se le llame preventiva, legal, justiciera, la guerra es guerra y sus consecuencias no se pueden obviar ni tampoco adornar. Todas las guerras en nombre de la pureza racial, la supremacía nacional, la hegemonía del libre mercado, de la democracia, de la providencia divina, etc.,

se olvidan de los costos humanos y planetarios. Debemos regresar a preguntarnos sobre aquello que casi nadie se pregunta: la humanidad expresada en civiles muertos, en niños desnutridos, en hombres y mujeres sufriendo injusticia y terror.

Pero no sólo las guerras muestran nuestras mezquindades humanas. No hay duda que acabamos de salir de un siglo de muchos logros en varios terrenos; sin embargo, en el campo humano quedamos en un déficit que nos pesa muchísimo. En aras de consagrar sistemas políticos idealizados que luego desembocaron en complejos totalitarismos, se sacrificó lo máspreciado del mundo: la humanidad. En un siglo en que, según muchos pensadores, habíamos llegado a la mayoría de edad, teníamos que recoger la cosecha de nuestras miopías humanas, y de nuestras carencias para la construcción de un mundo del “mejor de los mundos posibles”.

Ante tal panorama, parece que no aprendemos de las experiencias pasadas. Todavía arrastramos esas rémoras de idealizar y construir grandes sistemas en nombre de la humanidad y, a la vez, en contra de la misma, planeando su destrucción masiva. Ante la novedad del nuevo siglo, nos encontramos con que la pobreza se ha multiplicado exponencialmente, la violencia se ha sofisticado mucho más, la religión se ha vuelto más intolerante, la “desidentidad” de muchos pueblos ha estado a la orden del día, se ha multiplicado un fascismo más afinado que selecciona con más detenimiento a capas sociales o razas étnicas; justificamos con muchos sofismas la necesidad de contar con un gendarme planetario (Consejo de Seguridad) frente a un debilitado Programa Mundial de Alimentos o bien frente a la misma UNICEF. En una palabra, podemos decir que nos encontramos ante un mundo más injusto, ante un mundo menos mundo, menos cosmos. Nos encontramos ante un ser humano menos “realizado”, menos realidad abierta, ante un humano cerrado en sí mismo, que no se autoposee y que funciona como un robot manejado bajo las órdenes del consumo.

De todas formas anotaremos ciertas características del actual diseño de nuestro escenario mundial.

1. La humanidad heredada: desde la modernidad a la postmodernidad.

Este tema es crucial para la construcción del escenario mundial. Muchos dan por hecho la crisis de la modernidad, es decir, la crisis de la razón instrumental, el proyecto científico técnico, la economía de mercado, la centralidad del individuo. Con esta crisis se ha inaugurado el tiempo de la postmodernidad. Según analistas la relación de la postmodernidad y la modernidad se ve en dos vertientes: una, según la cual la postmodernidad es ruptura con la modernidad; la otra, más cultural y estética, afirma que la postmodernidad se presenta como realización final de la modernidad. De las dos vertientes se pueden concluir, en materia de humanidad, aciertos y desaciertos que están inmersos en nuestras prácticas cotidianas.

2. **Los hombres y mujeres en una sociedad fragmentada.** El proyecto humano cae en un escepticismo profundo. Han sido relevados aspectos humanos que nos parecen decisivos, tales como la solidaridad, la participación, el diálogo, la fraternidad, el encuentro, la comunidad por la intolerancia, el individualismo, el sectarismo, el monólogo, el desencuentro, la aniquilación del adversario por medio de las guerras. No toleramos al que piensa diferente, tenemos que silenciarlo. De esto se deduce que hay unos mejores que otros; unas culturas mejores que otras; unos países mejores que otros; unas religiones son mejores que otras; unos dioses son mejores que otros; unas armas son mejores que otras; mientras que unos nacen en el norte, otros nacen en el sur; y unos dueños de otros.
3. **El marco religioso: el retorno a la intolerancia.** Nos encontramos ante una proliferación de religiones y del hecho religioso en buena parte de la humanidad. Las religiones discuten mucho más por la omnipotencia de sus dioses que por los beneficios de las mismas en la construcción del bien común de la humanidad. Así, el retorno de la religión se traduce en manifestaciones intolerantes: integrismo, dogmatismo, fundamentalismo, fanatismo, discriminaciones de género, limpiezas étnico-religiosas, práctica de terrorismo en nombre de Dios, etc. El lado oscuro de las religiones ha proliferado más que los aspectos amables de las mismas: solidaridad, amor, justicia, perdón, reconciliación, paz.
4. **El individualismo.** El fenómeno del individualismo no aparece solo. Además de ser un fenómeno conductual, es, lamentablemente, el fundamento de un modelo ideológico. El individualismo va ligado a fenómenos diversos: la fragmentación mercantil, el consumismo, la competitividad, la insolidaridad, la apatía en la búsqueda de un funcionamiento social. El individualismo como fundamento ideológico está imbuido en el marco de la postmodernidad y en el auge de los sectarismos y ensimismamientos religiosos. Este individualismo no se queda quieto, sino que desemboca en una era de sobrevivencia. Ninguna función económica o modelo cultural tiene asegurada su continuidad. Contrariamente, todos buscan su adaptación a los modelos propuestos. De este modo, nos encontramos viviendo en una precariedad que intensifica la fragmentación y la pérdida de un referente de totalidad y de un horizonte de esperanza y que a la larga nos ocasiona una desidentidad galopante. No hay duda que el mensaje de la sociedad es vivir ensimismados.

Pero este juicio de la humanidad no queda en la desesperanza. El terror de la guerra no es la última palabra. Tenemos el deber de ser propositivos ante este escenario tan desolador. En este sentido podríamos gravitar en unos ejes fundamentales:

1. **La esperanza nos convierte el miedo y el temor en responsabilidad.** Tal como hemos visto anteriormente la guerra no es el único factor que en la actualidad desdibuja al ser humano; sin embargo, es el más cruel y determinante. Cuando se emplea la guerra se apela a la muerte, y es ésta, desgraciadamente, la última oportunidad del ser humano. Pero este dato de realidad no nos debe aniquilar. Nos queda la esperanza. Y ciertamente la esperanza no es el último escollo de los fracasados, sino que es el camino, no la meta, de aquellos que visualizan que las cosas pueden ser diferentes. Así, esta espera no es pasiva, sino activa, práctica y realista. La esperanza, por tanto, no es esperar por lo que no se tiene; sino que es trabajar por aquello que no se tiene, pero que está por venir, dependiendo de la cuota de responsabilidad que le pongamos. La esperanza, en consecuencia, nos convertiría el miedo y el temor en responsabilidad. Esa responsabilidad supondrá que nos hagamos cargo de la realidad humana, sobre todo de aquella humanidad que está victimizada por las diferentes formas de poder. En una palabra, la esperanza será aquello que nos posibilita, cada vez más, un lugar para la utopía. Toda práctica humana exige la utopía, no contemplada como diseño de la sociedad futura, ni como perfección, ni como verdad universalizable, sino como rechazo de lo existente, imaginación y alternativa.
2. **El viraje de la tolerancia a la solidaridad.** No se trata solamente de aguantar al otro. No se trata únicamente de una tolerancia que procure el respeto. Una tolerancia así nos llevaría al escepticismo y al conformismo tan en boga en la actualidad.
3. **La utopía tiene nombre: solidaridad.** Los mensajes de ir hacia un mundo único, como hemos visto, son ambiguos. Este mundo único, que se traduce en un único modelo, no permite alternativas, por eso es único. Pero la realidad es que ese mundo único no es un único mundo; está fragmentado entre: pobres, ancianos, indios, blancos, ricos, musulmanes, cristianos, centro, periferia, norte, sur, buenos, malos, guerreros, pacifistas, etc. Está fragmentado por que da pie a un maniqueísmo donde unos son mejores que otros; donde unos están predestinados a ser los dueños, y otros, en cambio, a ser los esclavos. Este nuevo orden mundial no cubre las expectativas de todos. La solidaridad está llamada a ser el criterio fundamental de convivencia humana. Pero solidaridad ¿con quién? La utopía es la solidaridad con las víctimas. Actuar así sería nuestro mayor avance tecnológico, nuestro mejor acierto en materia de desarrollo, nuestra mejor religión, nuestra mejor política internacional..., en fin nuestro mejor gesto de humanidad. La solidaridad será el antídoto de la sórdida fragmentación.

Lo cierto es que debemos tomar muy en serio las palabras de Juan Pablo II pronunciadas horas antes de comenzar la guerra del 2003, llamando a la responsabilidad y al recato a aquellos que, siguiendo intereses individuales, grupales, habían diseñado esta cruzada del terror: "Tendrán que dar respuesta a su conciencia, a la historia y a Dios de ese nuevo hecho de violencia". Nosotros, indefectiblemente, tendremos que dar noticia a nuestra conciencia, la historia y a Dios sobre lo que hemos hecho de la humanidad, de nosotros mismos y de los otros, que son como nosotros. No cabe duda que, desde la solidaridad podemos, cada vez más, reencontrar los valores básicos que por muchas razones, han sido olvidados

Abril de 2003.